



Por Rodolfo Bianciotti

# Para una mejor convivencia

*Iniciamos una serie de artículos que podemos englobar en el marco del respeto a la vida.*

*En este primer artículo partimos de lo doméstico como es el tema de la convivencia, del compartir, del relacionarnos unos con otros, pero no sólo al interno de nuestra familia sino, también, en la escuela, en el trabajo, en el barrio, en el club, con los amigos y conocidos.*

**T**odos sabemos que al relacionarnos con otras personas se producen pequeñas tensiones por el solo hecho de que somos diferentes, pensamos distinto, nuestras experiencias positivas y negativas no necesariamente coinciden con las de los otros, etc. Estos pequeños roces se producen aún por cuestiones poco importantes: quizás a mí me gusta el calor y abro las ventanas, pero mi abuelita tiene frío y las cierra; uno quiere ver un documental por televisión y el otro, a la misma hora en el mismo televisor, la carrera de fórmula 1; la mamá hace unos ricos bifés de hígado a la portuguesa pero ¡a los chicos no les gusta! Y no es infrecuente que después del viaje de bodas comiencen algunas tensiones entre los esposos porque él extraña la sopa de la mamá, o porque su madre le planchaba las camisas de una manera y, la esposa, de otra. Como se puede apreciar

por estos ejemplos, el motivo de tensión suele ser, en sí mismo, de poca importancia.

## Algo propio de nuestra naturaleza

Esto es así desde siempre y no hay motivo para alarmarse. Es algo propio de nuestra naturaleza. Pero debemos ser conscientes de que el amor está por sobre esas diferencias. El hecho de experimentar algunas tensiones no significa que no nos amemos; significa solamente que tenemos gustos diferentes. Estas tensiones entre los esposos, si son vividas con espíritu de fe y con una actitud de donación mutua, son fuente de alegría y de un amor siempre creciente. Las Bodas de Oro matrimoniales no celebran que todo haya sido color de rosas sino que, junto a las rosas, hubo espinas, pero que el amor ha trascendido

esas pequeñeces y que ambos han crecido juntos en el amor mutuo.

Por otra parte, estas tensiones tienen un aspecto positivo: van limando nuestras asperezas; nos ayudan a aceptar y a querer a los demás tal cual son y no como nosotros quisiéramos que fuesen. Si recordamos, por ejemplo, los cantos rodados de los ríos y arroyos serranos, nos llama la atención que todos sean redondeados y lisos precisamente porque se han rozado mutuamente hasta desgastar las aristas.

Pero volviendo al tema de las relaciones interpersonales, evidentemente somos mucho más que cantos rodados. Las piedras del río no toman la iniciativa. Es el agua que las arrastra y las friega hasta redondearlas. Nosotros, en cambio, podemos y debemos tomar parte activa y tomar la iniciativa de dejarnos moldear; pero, además, deberíamos tender a ser algo así como la gota de aceite en un engranaje para evitar roces, desgastes y chirridos innecesarios.

Un santo sacerdote francés, Marcelino Champagnat, proponía lo que él llamaba «*las pequeñas virtudes*». Son pequeños recursos que ayudan a suavizar nuestras relaciones, a ser esa gotita de aceite. Veamos algunas de estas «*pequeñas virtudes*» que son muy prácticas y sencillas.

## Pequeños recursos «suavizantes»

La *disimulación caritativa*. Consiste en desdramatizar, en no dar importancia a lo que me ha molestado, hacer de cuenta que no pasó nada. Por ejemplo, si alguien me ofendió, hago el esfuerzo de comprenderlo; de pensar que, quizás, esa persona estaba nerviosa y que de ningún modo pretendió

ofenderme. Si estoy participando en la Eucaristía dominical y alguien no me dio la paz, no significa que no haya querido dármele sino que se distrajo; o estoy conversando y alguien nos interrumpe... En síntesis, consiste en no dar mayor trascendencia a lo que, en el fondo, es intrascendente.

La *indulgencia*. Está muy relacionada con la anterior. Consiste en ser comprensivo, en saber «disminuir» la ofensa; en saber disculpar y perdonar de corazón. En no ser tan rígido y exigente con los demás; en saber ceder en aquello que es accidental y relativo; por ejemplo, aceptar que a los jóvenes les gusta escuchar música a todo volumen; o que a los hijos varones les gusta andar despeinados, sin pretender que usen «golina» como hace treinta o cuarenta años atrás, y así siguiendo. Esta invitación de San Pablo ¿no

nos hace pensar, acaso, que quizás también los otros nos tienen que soportar a nosotros?

La *compasión*. Es llorar con el que llora, compartir su dolor; permanecer cerca, contenerlo y servirle de apoyo para superar el mal momento. También aquí San Pablo tiene algo para decirnos: «*Revístanse de sentimientos de profunda compasión*» (Col 3,12). Muchas veces en estos casos sobran las palabras. Suele ser más significativa la presencia, la compañía, el escuchar, en definitiva, el estar. Todos, quien más quien menos, hemos estado en un velatorio y sabemos que un abrazo o un beso valen más que las palabras que, por otra parte, los deudos no están con mucho ánimo para escuchar.

La *alegría*. Consiste en compartir los gozos, los éxitos, la alegría de estar juntos, de ser amigos o de estar en familia. Alegrarse con una buena nota en la escuela;





con un dibujito hecho por el más chico de la familia; por un ascenso en el trabajo; por la comida rica que hizo la mamá; por compartir unos mates con pan casero o, simplemente, alegrarse por la alegría de los demás.

Otra de las «pequeñas virtudes» es la *tolerancia*, que acepta a los otros como son; acepta las opiniones ajenas sin pretender imponer las propias, es decir, expone y propone sus propias ideas pero sin querer demoler las de los demás, buscando siempre la paz y la concordia. ¡Qué importante es la tolerancia para poder dialogar! Dialogar es saber escuchar y respetar las ideas ajenas y con el mismo respeto exponer las propias.

La *solicitud caritativa* es otra de las virtudes propuestas por San Marcelino. Consiste en ser solícitos y atentos, adelantándonos a las necesidades ajenas. Por ejemplo, si estamos en la mesa, intuir que alguien necesita la sal o la botella de agua y, antes de que la pida, pasársela con una sonrisa. Si la mamá sabe que la vecina aún no cobró la jubilación, ese día hace más tallarines para —«como quien no quiere la cosa»— pasarle un plato. Si Julieta ve que una compañerita de grado está callada, triste y aislada durante los juegos, se acerca para convidarla con unas galletitas y charlar un rato.

La *afabilidad*. El diccionario de la Real Academia Española dice

de la persona afable: «*agradable, dulce, suave en la conversación y en el trato*». ¡Quién puede dudar de la importancia de esta virtud! Más aún hoy, en que pareciera que la agresión y la conflictividad estuviesen institucionalizadas.

La persona afable acoge con sencillez y con gusto a las otras personas, aún a las inoportunas o desagradables, brindándoles atención como si se tratase de lo único importante en el mundo. La persona afable no sólo es agradable en el trato sino que su mismo modo de ser «calma las tempestades».

Existe un viejo proverbio muy sabio que dice: «Se cazan más moscas con una gota de miel que con un barril de hiel».

## *El don más grande*

Podríamos hablar de algunas virtudes más, pero vamos a terminar hablando de una muy importante: la *paciencia*. En un mundo ajetreado, donde todos corremos y vivimos pendientes del reloj, cuesta ser pacientes y, sin embargo, qué importante es esta virtud. Ser pacientes con todos, soportar con serenidad y afabilidad a los inoportunos, a los antipáticos y molestos, tratando de escucharlos y ayudarlos. Quizás se trate de esa vecina que siempre toca timbre a la hora del almuerzo, o del jefe que siempre encuentra algún defecto; puede tratarse de los hijos pequeños que desean llamar la atención o, eufóricos, porque están descubriendo el mundo, quieren que la mamá vea la hormiga que lleva su hojita... y la mamá está ocupada ¡atendiendo el celular! Quizás nos ayude pensar que el mismo Dios tiene mucha paciencia con cada uno de nosotros.

Y ya para terminar, si tuviésemos que resumir estas pequeñas virtudes, diría que se trata de recuperar el respeto por la otra persona, siendo amables, corteses, sin violencia ni verbal ni física... ¡Qué importante sería que todos tuviésemos presente estos pequeños consejos, especialmente los padres en relación con sus hijos!

Estas virtudes de ninguna manera se oponen a los límites necesarios para una buena educación. Es verdad que padres y docentes muchas veces están un poco irritables, ya sea por cuestiones de trabajo, por problemas económicos o, simplemente, porque les duele la cabeza pero, precisamente por eso, es conveniente tener cuidado en esos días porque las agresiones verbales suelen ser tan crueles y nefastas como las agresiones físicas.

«*Ahora existen tres cosas: la fe, la esperanza y el amor, pero la más grande de todas es el amor*» (1 Cor 13,13). ○